

Ramiro Sanchiz

# LA ANOMALÍA 17



LIBROS DEL COSMONAUTA

Sanchiz, Ramiro

La anomalía 17 / Ramiro Sanchiz. - 1a ed. - La Plata :  
La Máquina Infernal, 2023.

100 p. ; 15 x 10 cm. - (Libros del cosmonauta.  
Colección Astronave / 8)

ISBN 978-987-48597-4-7

1. Narrativa Uruguaya. 2. Novelas de Ciencia Ficción. I.  
Título.

CDD U863

© Ramiro Sanchiz

© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.

ISBN 978-987-48597-4-7

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta  
Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.

edicionescosmonauta@gmail.com

<http://www.librosdelcosmonauta.com>

[facebook.com/ediciones.cosmonauta](https://www.facebook.com/ediciones.cosmonauta)

IG: ediciones.cosmonauta

Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnoffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)  
Ciudad de Buenos Aires, en el mes de enero de 2023

Ilustración de cubierta: Koff

Diseño: Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

*Para Fiorella, Amapola y  
Margarita, y sus rituales que  
renovaron mi mundo.*



1

Con lo que le quedó del dinero se las arregló para pagarse cuatro meses en un simu de la costa del Tirreno, un mix de la Cadaqués de principios del siglo XX con otras localizaciones de la Costa Bermeja extrapoladas a un universo ficcional de alta fantasía, con procesiones de elfos en la noche y un bosque pastoreado por una pareja de ents milenarios. Podrían haber sido seis meses, pero Valeria prefirió aprovechar el tiempo en la cubeta para eliminar de su cuerpo todo vestigio de células cancerígenas y, de paso, poner a punto su metabolismo tras quince años de inevitable adicción legal a las drogas operativas de Antropol, en su mayoría fobotrópicas más algunos derivados metaadrenalínicos.

Había elegido el mejor —y más caro— de los proveedores de simu listados oficialmente. Talbert/Travis/Talbot, el triunvirato principal de IAs encargado de la urdimbre, era veterano de Hollywood y tenía créditos de escritor y productor en varias películas que habían alcanzado un gran éxito quince años atrás; por otro lado, la IA encargada de mantener en funcionamiento la cubeta exhibía credenciales igualmente impecables: enterarse de estas cosas era una de las tantas ventajas del acceso a las bases de datos de Antropol, incluso cuando aquellos millones cobrados como indemnización también habían

servido como un retiro, en principio definitivo, o un despido consensuado. Pero después de dos meses de cantos élficos y paseos por promontorios surrealistas, la Valeria que había aceptado no volver jamás a trabajar en la agencia empezaba a arrepentirse de su decisión.

Una noche conoció a Adalinde Meyer, heredera de una fortuna de la industria entoproteínica que llevaba casi cinco años en una cubeta mientras su sensorio migraba en modo turista entre simus siempre ajenos, por cuyo acceso pagaba una fortuna. La irrupción no era algo imprevisto, porque el contrato firmado por Valeria permitía visitas de usuarios premium y platinum, pero lo que sí resultó sorprendente fue, contra toda su experiencia previa, el deseo descubierto por Valeria de pasar todo el tiempo posible con la muchacha. Sus avatares digitales estaban afinados cuidadosamente para garantizar la atracción y la compatibilidad, pero más allá de los guiones emergentes de Talbert/Travis/Talbot, Valeria se encontró pasando tardes enteras contándole a Adalinde buena parte de su vida como agente de Antropol, tanto que cuando la heredera abandonó el simu la pregunta de si no se habría tratado de una espía pareció bastante pertinente. Y esa adrenalina de planes dentro de planes y traiciones dentro de traiciones empujó a Valeria a extrañar la vida de agente que, después del incidente de la Anoma-

lía 17 y toda la ingeniería antropogénica destinada a la recuperación, había decidido dejar atrás.

Los días al sol del mediterráneo catalán se encharcaron en hastío, mientras Talbert/Travis/Talbot reiteraba todos sus recursos —y aprendía otros nuevos— para mantener a Valeria interesada. Intrigas, misterios, y el viejo truco de la visita de un avatar con la propuesta subcontractual de un paréntesis de olvido para que de pronto todo se sintiese real y la epifanía de descubrirse en un simu la asaltase tras una serie de experiencias mágicas. Valeria se rio —el avatar de Talbert/Travis/Talbot lucía exactamente igual que el Gandalf interpretado por Alec Guinness en la versión de *El señor de los anillos* de 1987, aquella célebre primera aparición cinematográfica de CGI fotorrealistas— y declinó la oferta. Merecía aburrirse, pensó, y aprovechó la visita del avatar para encargar una subrutina D&D, con una misión simple y tonta adquirida en una taberna.

Corrió un par de aventuras por el estilo antes de cansarse y solicitar un borrado de todos los elementos mágicos. No contenta con eso, persuadió a Talbert/Travis/Talbot de que la Cadaqués del simu se convirtiese en un escenario soviético-mediterráneo de arquitectura brutalista abandonada por el que se pasearía durante los largos atardeceres. Conoció a otra chica —esta

vez una simulación—, pianista, tímida y sensible a la música de la Neue Wiener Schule de comienzos del siglo XX, y después de una semana de sexo y largas veladas cargadas de transcripciones para piano de obras del primer Schönberg y sus alumnos Berg y Webern, algunas de ellas en efecto reales pero la mayoría extrapoladas por Talbert/Travis/Talbot, la cambió por una niña egipcia refugiada llamada Newt, a la que (y dudó ante reescribirse la memoria al respecto) había encontrado una mañana varada en la playa junto al cuerpo cubierto por algas de su padre muerto. Todo era demasiado sintomático, tanto que la visita de Ramírez pareció al principio no una irrupción real sino un hackeo—en plan figura paternal edípica— de su inconsciente por parte de un Talbert/Travis/Talbot desesperado por optimizar su rendimiento. Pero no lo era, y el antiguo jefe de Valeria no dudó en disolver el simu durante su encuentro, que tomó lugar en una escenografía blanca equipada nada más que por una mesa redonda de plástico suave y dos sillas modernistas.

Valeria lo había visto llegar desde el este, todavía envuelto en las pautas estéticas del simu, y pensó que era un buen momento para ensayar un poco de acción, con un *stash* de armas revelado bajo los tablones de la cocina precaria y la improvisación de una barricada o, por qué no, un búnker. Pero pronto quedó claro



que la visita venía de afuera. Ramírez la saludó con una sonrisa, idéntico a su forma real, con el ojo desviado, la panza algo cuadrada, el cabello abundante y canoso recién cortado y una remera negra con el logo de un Sputnik. Era un mensaje, pero Valeria, ya saturada por meses de arquitectura brutalista, historias trágicas, romanticismo tardío y fantasía tolkieniana, no logró precisar a qué hacía referencia la manera en que su jefe había decidido presentarse.

—Todo esto apesta a que querés una misión, Valeria —le dijo después de un rato—. ¿Qué teníamos ahí? ¿Fantasía de madre de un refugiado? ¿Sabés cómo siguen este tipo de cosas, no?

—A lo mejor es lo que necesito...

Ramírez apoyó las manos en el plástico de la mesa y las movió en círculos, como si buscara en una cinta las mejores palabras para responder.

—Te tengo que dar crédito por algo. Yo pensaba que ibas a terminar como Kravetz o Scaronne. ¿Te llegaste a enterar?

—No, ni idea —mintió.

—Me extraña que no lo sepas, pero no importa. Terminaron mal. Se llevaron la misma indemnización que vos, millón más, millón menos, pero la gastaron en droga lumpen. Ahora están empleados en un Somarbeit; el lado positivo, pueden vivir siglos así; el lado

negativo, tarde o temprano van a recordar. ¿Te imaginás eso, Vale? ¿De pronto entender que viviste el mismo día, o la misma semana, o el mismo mes, o el mismo año, no importa la escala, durante décadas y décadas? ¿Sin saber nada, dejando que tu cuerpo gane justo lo que necesitás para mantenerte así y de paso sumarle poder a quién sabe qué IA de cuarta?

—Dicen que los que están en Somarbeit se manifiestan en lo que hacen esas IA, sobre todo cuando suben de nivel. ¿Cómo puedo saber que alguna de las ideas que emergen acá no vienen de ahí? Me pareció reconocer la cara de Emilio hace unos días, no sé si en una nube o una ballena. La verdad, no me parece tan mal destino. Es como ser uno y de pronto no ser nada, o ser muchos.

—Yo diría *ser demasiados*...

—Pero yo ahora no veo nada porque me borraste todo.

—¿Ruinas soviéticas? ¿Pueblos abandonados? Vos y yo nos conocemos, no me vengas con estos caprichos.

Valeria no respondió. Trató de fijar los ojos en los de Ramírez, pero no soportó demasiado tiempo.

—Ya sabés que querés volver. Por eso te traigo buenas noticias.

—Tendría que haber leído mejor el contrato; pensé que no iban a tener acceso desde afuera a

nada de esta mierda.

Ramírez rio teatralmente.

—Sabés bien lo que firmaste, por favor. Pero además no hace falta. Todos los modelos concuerdan en esto, y seguiríamos usándolos de no ser porque lo que precisamos no es virtual, Vale, sino más bien ritual...

¿Cómo había dicho? Valeria se sobresaltó.

—¿Una misión... real?

—Querías una misión, y te traje una. ¿Sabés quién apareció en el radar? Federico Stahl. En el Valle, nada menos. Está prisionero en un complejo militar... tenemos fotos de satélite y todo; las ves sin dermos y te cagás parada. Pirámides, obeliscos, archiantigüedad... mala cosa.

—Y supongo que quieren que lo rescate... ¿No? Es más... ya deben haber probado, ¿cuántas veces?

—Eso no importa; pudieron ser cero, o las que quieras. Nadie tiene tu magia.

—¿Y si les digo que no?

—Nada. Podés terminar tus cuatro meses acá, salir al mundo real como nueva, páncreas nuevo, hígado nuevo, una piba de veinte años. Entonces te ponés a buscar trabajo en seguridad privada o quién sabe qué porquería. No vas a durar ni dos meses.

—Pero ustedes no pueden esperar, ¿no?

Valeria entrecerró los ojos. No podía requerir una dilatación de tiempo porque, técnicamente,

ya no estaba en control. Pero podía hacerlo a la antigua. Pensarlo un instante: Federico Stahl, agente estrella de Antropol, *shaper* a su servicio en seis misiones, M.I.A. tras la Anomalía 17, y uno de sus amigos más antiguos y queridos. A ella habían podido salvarla; de él no se supo más. La última vez que chequeó había al menos seis teorías de alto nivel que se disputaban la explicación de lo acontecido. Ella tenía su favorita, pero para qué ponerse a pensar en cosas así...

Por otra parte, ¿pirámides y obeliscos?

—Dame dos días acá. Despueblo el simu y lo pienso. Después volvés y tengo la respuesta.

Ramírez aceptó. Pronunció la palabra clave —el sistema, como siempre, la censuró de manera que Valeria no pudiera oírla— y de pronto se encontraron ante el Mediterráneo otra vez.

—Dos días —le tendió la mano, formalmente—. En dos días nos vemos, acá mismo.

Desapareció con un destello rosado.

La decisión ya estaba tomada, en realidad, así que Valeria dedicó sus últimos dos días en el simu a recorrer de un extremoobius a otro el mundo que Talbert/Travis/Talbot seguía soñando para ella; no en vano la IA estaba entre las mejores en su especialidad: cada detalle de la escenografía resonaba afectivamente con algún ele-

mento olvidado a medias o simplemente reprimido de la memoria de Valeria, al borde siempre de la escalada hacia lo sublime. Por esa razón le pareció extrañísimo haber llegado a aburrirse allí, en ese modelo de su mundo interior en renovación permanente pero también en identidad perpetua, y se esforzó por fijar en la memoria los mejores rincones de aquel pequeño espacio que la definía para siempre. El paisaje geológico no había cambiado después del primer reformateo; tras la desaparición de los elfos y los ents aquellos riscos escarpados e insistentes como malos recuerdos permanecieron como si se trataran de las constantes físicas fundamentales del universo, y cuando Valeria apeló a la arquitectura soviética la roca fundamental del paisaje estaba de alguna manera entusiasmada con alojar una forma tanto nueva como familiar, replicada en cada desgaste, cada rotura sutil de aquellos edificios vacíos que podían haber llevado allí cientos de años. Si pudiera olvidar, pensó Valeria, si fuera posible que me quedara aquí para siempre, pronto ya no serían una imagen de algo en mí sino que yo sería parte de ellos: me fundiría lentamente con las rocas y pronto ya no habría nadie aquí excepto los riscos y la luz del sol sobre su aspereza, simulada por quién sabe cuantos petabytes en flujo a cerca de un zettaflop de poder computacional, un hecho replegado en la historia del universo, un rasgo

más en la infinita complejidad de todas las cosas.

¿Qué hubiese pasado si Antropol no le hubiese señalado una nueva puerta o ventana, fuera del *loop* al que estaba por caer o había caído su vida, en un nudo de memoria e identidad que funcionaba como una máquina implacable para hacer pedazos su futuro? Y recordó que una noche, poco después de la aparición de Newt, había llegado a considerar la posibilidad de salir del simu y quemarse, para no ser capaz de acceder jamás a la Matriz o a cualquier otro estrato o región del Ciberespacio.

Había pensado también en Federico Stahl, repasado su vida juntos, sus distancias, su amistad, la pareja que jamás se habían decidido a ser, el rencor, el amor más enraizado. ¿Cómo podía dudar mente alguna, humana o IA, que ella diría siempre que sí a una misión como la propuesta, fuese de rescate, de extracción o, por qué no, de ejecución?

Así que cuando Ramírez reapareció a los dos días Valeria le dijo que sí. La extracción duró un día y medio, apenas un poco menos que lo usual, pero en lugar de las consabidas baterías de tests de Antropol siguieron meses y más meses de exámenes complejos. Valeria, después de todo, había estado en el epicentro de la Anomalía 17, y para las definiciones vigentes de lo humano semejante cercanía con una fuente

desantrópica tan poderosa implicaba una sospecha enquistada, definitiva. Debieron correr cinco siglos para concluir que no había peligro, y luego tres más para explicarse por qué. Valeria, si le hubiese sido preguntado, sólo habría podido responder que apenas lo recordaba y que en el centro de su memoria estaban las drogas que le había dado Federico Stahl.

—Él me protegió —diría tantas veces en sus sucesivos *debriefings*—; el cóctel de fobotrópicos que me dio fue mi blindaje, para ese momento y para mis sueños.

—Eso quiere decir —era la voz tan neutra como distante como cálida de Babalon, una de las IA centrales de Antropol— que no has soñado con la Anomalía 17.

Valeria sabía muy bien que era inútil mentirle a una IA o, mejor dicho, al avatar soñado por una IA para comunicarse; o, mejor dicho, que podía mentirle, pero que no tenía importancia, porque ellas siempre iban a ver más allá. De hecho, en los viejos manuales se fomentaba la mentira: la imaginación y la ficción, como las máscaras, eran la mejor manera de decir la verdad.

—Pero nadie sabe qué dice esta Verdad —sentenció el avatar de Babalon, ahora una criatura femenina con el color del cielo y cabellera en fluctuación constante, como cascadas, como música emergente, como los brazos de una gala-

xia espiral en *fast forward*.

Por supuesto, las baterías de tests retornaron a ese momento y una nueva iteración de Babalon —habían pasado apenas siete meses, en realidad, pero el cambio se notaba— volvió a hacer la pregunta y volvió a sentenciar esa frase enigmática: *nadie sabe qué dice esta Verdad*. Esa vez Valeria tuvo que hacer la pregunta:

—¿Qué quieren decir?

El diálogo acontecía en una escena reconfortante: años setenta del siglo XX, tecnología analógica, música a escala humana, modernismo *art deco* paralelo a memes de nostalgia. La nueva Babalon hablaba desde el paisaje completo, como si lo hicieran las calles, los autos, los semáforos. Valeria sintió que algo le boosteaba la concentración, como si la IA requiriera un rendimiento cognitivo mayor y se asegurara ayudándola.

Estaban en un café, en una mesa al aire libre, una tarde de primavera en New York, Tokyo, Londres o París. Podía ser cualquiera de esas ciudades: Valeria reaccionaba a los marcadores más esenciales, tecnopaisaje urbano retro, siglo XX, aire tibio y algo de brisa, más la inminencia de algo hermoso, una fiesta, una declaración de amor, un premio, una graduación, no importaba exactamente qué. Lo que bebía con ella no era humano, pero no por ello se volvía inquietante; al contrario, su presencia de zarza



ardiente equivalía a entender que era todavía *mejor* que estar en compañía de un ser humano de carne y hueso. Y si quería, además, podía precisarlo: ya no una entidad que se movía como una ola por su campo visual haciendo vibrar lo que le enseñaban sus ojos, árboles, fachadas o esquinas, sino una silueta más concreta, hecha de mercurio o de obsidiana perfectamente negra —¡está lleno de estrellas!, recordaría mucho después Valeria haber pensado en algún momento del diálogo— que descansa contra la escenografía urbana y extiende manos que toman una taza y labios que beben su contenido. Podía ser un ángel, podía ser su madre en el más temprano de sus recuerdos de infancia, una nebulosa inmensa de calidez y confort.

—Queremos decir que no sabemos, y que en el estado presente de la situación no es dable saber. Pero nosotras no hemos estado allí.

Las palabras, o su ligera ambigüedad gramatical, introdujeron una nota ligeramente incómoda, como una pequeña disonancia. Valeria de pronto comprendió que su entorno había colapsado a un nivel inferior, en el que podía sentirse interrogada. La IA lo compensó antropomorfizándose: su rostro y su cuerpo se volvieron hermosos, su voz pausada y generosa, ancestral y familiar.

—Pero tú estuviste, Valeria. Por eso eres tan singular para nosotras. Eres nuestra hija, que

enviamos al borde del bosque y más allá, y has vuelto con un regalo que no sabemos desenvolver, con el cuento de los lobos y los osos. Quizá ni siquiera sabes que lo trajiste y que ya es parte de ti, pero aquí está, entre nosotras, sin que podamos comprenderlo.

—¿Y los otros?

—¿Marcos Kravetz, Emilio Scarone, Federico Stahl? Al último lo buscamos. Los primeros están siendo borrados reiteradamente, y para hallar sus vestigios deberíamos buscar en las IA de Somararbeit Co.

—¿Y qué harán conmigo?

—El peligro no es menor, pero en este momento vemos más allá, forzamos la mirada. Podemos proyectarlo para ti. Pero apenas empiece a asustarte se interrumpirá.

Valeria asintió. Ya no estaban en un café al aire libre, ni en una ciudad magnífica de los años setenta del siglo XX, sino en un túnel en la roca, un pasadizo que parecía excavado por gusanos. Iban las dos, Valeria y la IA, adentrándose suspendidas en el aire, diminutas en aquella caverna que seguía y seguía, como hacia las fuentes de un río tenebroso que hendía las junglas del infierno. Y la IA le daba fuerzas a Valeria, la reconfortaba, pero pronto llegaron a su destino y todo cambió. Había allí algo que Valeria no comprendió: podía ser un cadáver inmenso, como los restos de un mamut o una

ballena prehistórica encallada en una playa gris, o un fragmento desgarrado de un panal u otra estructura colectiva, no quedaba claro si de insectos o de máquinas. Podía ser también un árbol altísimo en la noche, un órgano muerto o un tumor desgajado de un organismo más grande que las montañas, y por momentos latía o zumbaba y parecía encenderse con la luz de mil escáneres. Valeria hizo un esfuerzo por comprender, y sintió que avanzaba ella sola —o era su mirada, o su entendimiento— hacia aquella cosa trocada poco a poco en horror. Fue como mirar en lo más oscuro de un sótano o aguardar en el instante más tenso de una vieja película espeluznante: algo iba a surgir, algo podía aparecer en cualquier momento y destruirla, devorarla, aplastarla, y mientras ese algo se acercara — y se sentía el rumor de las tierras que atravesaba— Valeria comprendería un poco más. Pero entonces comprender sería hacer otra, una nueva Valeria, desgajada de la anterior, diferente, ya no humana y por tanto anulada de inmediato.

¿Cuántas veces se había dicho, y nadie podía entender aún, que para las IA no existía el tiempo, o que si existía era un tiempo distinto al de los humanos e incomprensible para estos? Cabía imaginar entonces todavía *otro* tiempo, frente al cual las IA comprendieran igualmente poco, o igualmente nada.